

gena"; admiro el resurgimiento del campo mexicano, obra de los indios. Me apasionan y admiro, con fervor, todo hecho vivo, palpitante que en este orden de cosas se produce, porque veo en él los gérmenes, las posibilidades, el futuro de la cultura indoamericana.

Concuerdo con usted, entrando ya a otras esferas mas limitadas de crítica y especulación, en que las que podríamos calificar como manifestaciones propiamente cultas del arte americano-hispano o latinoamericano, ya que no, aun, indoamericano,—de nuestros días, no son mas que un triste calco, que una pobrísima manifestación, que un eco inoriginal, sin valor propio, de las últimas excentricidades del occidente deadente, agotado. Y he aquí, algo, a mi manera de ver y entender, paradójico y contradictorio; generalmente quienes mas usan de esos calcos y remedos, quienes siguen perpetuando el colonialismo americano, en el orden cultural, son aquellos que más dicen aspirar a un arte americano y a un autoctonismo americano. En mas de una ocasión me he pronunciado, por lo que respecta a su pretendido y cacareado americanismo, contra esa poemática al uso, tanto que por su creciente difusión y cultivo ha podido llegarse a afirmar que encierra en si la posibilidad de una nueva poesía indoamericana, en que se unen y convergen el cosmopolitismo construído con invocaciones a las urbes de fierro, a los rascacielos y artefactos de última invención, a la aceleración mecánica del siglo, (cuán lejos, cuán distantes estamos, en nuestros países indoamericanos de todo esto, y cuán ageno nos es substancialmente, como cosa vivida y próxima a nosotros, este orden de sensaciones!), unidos a tópicos proletarios, que suenan a arenga barrioter. No es eso, la nueva literatura indoamericana: será, indudablemente, algo mas profundo, mas nuestro, mas arraigado, que todo esto. Nuestra América no es la de los rascacielos,

ni ellos nos dan personalidad, ni constituye características y patente de personalidad, para la nueva poemática indoamericana, valerse de un anecdotario proletario, o temas sociales, tomándolos como elemento y valor estéticos, mas que humanos. Insisto aquí en uno de mis anteriores puntos de vista: una cultura y todas sus manifestaciones, entre ellas la literaria, es algo mas que una simple cuestión formal, de pura preceptiva artística. Cultura es creación, es decir, expresión y revelación de una actitud profunda y esencialmente humana. Por ello, creo yo que la emotividad estética, en el campo artístico y literario, tiene que arrancar de una fuente vital, humana, no de una simple curiosidad artística a la cual nos asomemos sin otro interés y otro móvil que el de esa curiosidad. Puede surgir, y es de esperarse que surja, una poemática y un arte social indoamericano, y que estas sean manifestaciones propias y típicas de la nueva cultura indoamericana: pero está muy lejos de serlo; una poemática que pretende ser indoamericana tomando como temas, un anecdotario proletario, aspectos de la lucha social y anti-imperialista, echando mano de fáciles tópicos, sin ver en esas fuentes mas que un motivo y una posibilidad de orden estético, pero no una posibilidad y una gran pasión humana.

Creo que, aisladamente, surgen, cuajando, algunos destellos y manifestaciones de nueva literatura poemática genuinamente americana; he creído descubrirlos en algunas cosas del cubano Juan Marinello, en algo sumamente sutil de usted, en algo de los mexicanos Torres Bodet y Ortíz de Montellano, que recuerdo (no pretendo hacer una enumeración). Esto, no habiendo nada anecdóticamente, pintorescamente local, de autoctonismo topográfico, en esa poesía. Pero hay en todas ellas, como antes le decía, una categoría superior esencial, es decir, una superación viva y laten-